

aplazadas para el mañana, la encantaban. María, más práctica, se levantó y fué al tocador.

—No, quiero que él me vea—decía,—quiero *molestarlos* y defenderme hasta el fin .. Un minuto... Voy á humedecer un poco los ojos y la cara y soy contigo...

—¡Oh, Dios mío, que difícil es ser justo y hacer la felicidad de los seres á quienes se ama!—murmuraba, asegurando sus cabellos de plata, y dirigiendo una última mirada á un espejo, aquella madre ávida de emociones fuertes.

\* \* \*

Arregladas en algunos minutos para una cena en pequeñas mesas, las habitaciones de abajo parecían menos grandes y más íntimas. Las ventanas que daban sobre el parque, habían sido completamente cerradas, á causa del fresco, y las cortinas extendidas no dejaban pasar, de la orquesta, más que una armonía discreta y lejana. Los bailarines se agrupaban al compás de los apagados ecos.

Francisco pensaba que su mujer se quedaría llorando donde él la había dejado, en las habitaciones de su madre, y que esto facilitaría la huida. Así que tuvo una sorpresa desagradable cuando la vió aparecer y sentarse delante de él, á la mesa en que estaban ya instalados Juana, Mariana Froncín, Ignacio Salientés, Pablo de Fonteroy y Saverne. María se hizo plaza entre Saverne y Fonteroy. Francisco tenía por vecinas inmediatas á Juana y á Mariana. Ignacio era quien predominaba.

El comienzo de la cena fué frío y singular. Las situaciones graves, los acuerdos tácitos crean una atmósfera penosa. Mariana Froncín estaba disgus-

tada por hallarse separada de su amante, de Saverne, á quien veía muy solícito con María. Ignacio era víctima de remordimientos. Había tenido un sentimiento de alegría, que había reprimido, al recibir las confidencias de Francisco; había visto á la luz de su discreto amor, á María libre, fácil de consolar, escuchando sus confesiones. Luego había condenado este culpable pensamiento que fundaba su dicha en la angustia de un matrimonio amigo. Y el hecho sólo de haber tenido aquella idea en tales circunstancias, le impedía gustar del delicioso caldo de la cena, y le hacía insoportables á los elegantes comensales. ¿Había él dicho una palabra siquiera por retener á aquel infeliz extraviado? ¿No dejaba indignamente que á su vista se cometiera un verdadero crimen, pues que á María podría costarle la vida la conducta de su marido?

María también examinaba su interior y encontraba su corazón por demás extraño. La traición de Francisco, evidente y cínica, la producía verdadero pesar, y al mismo tiempo sentía un gran placer por estar al lado de Enrique Saverne.

Este sin querer se aproximaba á ella. Sus miradas ardientes y audaces, á que ella correspondía con una sonrisa, desvanecían sus propósitos vanos y sus remordimientos. Una voluptuosidad mezclada de dolor la tenía como embotada y vacilante entre dos pensamientos contradictorios.

María cuando levantaba la vista, distinguía los rostros mentirosos del estúpido Francisco y de la pérfida Juana, ambos entregados á una ilusión que ella adivinaba claramente y que la hacía sentir deseos de lanzarse sobre los dos y abofetearlos... Una angustia horrible la torturaba. Pero cuando bajaba los ojos ó dirigía su mirada hacia Saverne, cam-

biaban sus sentimientos y sólo pensaba en la alegría de rendirse á aquellos brazos débiles de su vecino, á aquellas manos nerviosas, enloquecida ante las pupilas magníficas de aquel hombre en que ella veía la expresión de todos los vértigos.

—¿Estaré yo loca?—se preguntaba. Pero nó, tenía toda su razón y toda su perspicacia—Aguzado su ingenio por el deseo y por el odio, leía detrás de la frente de Mariana Froncín los celos que la abrazaban, y ésto la vengaba en cierto modo, indirectamente, de los sentimientos exaltados y transparentes de Juana y Francisco, que aunque permanecían en sus sitios, en espíritu hallábanse ya muy lejos de allí. Contaban ansiosos los minutos que aún los separaban de una dicha por tanto tiempo esperada.

Juana se llevaba el premio de seis meses de lucha. Abandonaba la medianía y el parasitismo de su vida de casa de Laura Montmelán, las perpétuas observaciones de ésta, los reproches, las durezas de su bienhechora, la enojosa potestad maternal, la familiaridad de todos aquellos viejos que rodeaban á Sofía Verneuil y codiciaban á su hija. Además triunfaba de María, su rival, más rica hasta entonces, mejor vestida, más festejada. Se iba, en fin, á hablar de ella, mal sin duda, pero estos ultrajes que ella no oiría, la acariciaban la imaginación, pues que atestiguaban su importancia.

Francisco estaba perdido en ella, como quien naufraga en el mar. No pensaba más que en los años que le quedarían de vida pudiendo apagar su sed de amor en aquellos labios húmedos, en aquellos ojos cambiantes, en aquella espalda, en aquel cuello sonrosado á la luz, tan pálido en la semi-obscuridad, tibio como el pájaro palpitante en ma-

nos del cazador. Se preguntaba qué resto de convencionalismos mundanos y absurdos les impedía trastornar aquella mesa, y evadirse inmediatamente á través del parque, en la noche gris.

De estas intrigas que se entrecruzaban, de estos fulgores de inmoralidad que llevaba el viento del destino, Pablo de Fonteroy no advertía nada, ocupado de sí mismo. Su figura distinguida, su cara imberbe y crispada (Ignacio le llamaba *El jiboso operado*) no se apartaba de su plato más que para ver el éxito de algún aforismo lanzado por él y siempre tan obscuro que nadie le entendía. Era aficionado á los monólogos embrollados con apariencia de profundos, y á la jerga filosófica; admiraba todas las ideas abstractas, á todos los utopistas, á todos los soñadores. La realidad le irritaba y le parecía vulgar y trivial. De los asistentes á la fiesta sólo Charamol y Ursneur le interesaban, el uno como depositario del neo—materialismo, y el otro del viejo falansterismo. Pero Charamol y Ursneur estaban lejos de él, y tenía que pasar el tiempo despreciando con la nariz, con los ojos, con los labios, á los demás comensales, que se satisfacían con cosas superficiales.

Poco á poco la gente se iba animando. A una pregunta precisa de Saverne contestó María con voz vacilante:

—No, la señora de Aubryet no está allí. Son un poco frías las relaciones de Francisco con su madre, que vive muy retirada con su hermana, en un pequeño piso de la calle de Saint-Honoré. En cuanto á su padre, Felipe Aubryet, no le vemos nunca delante. Además vive en Sceaux todo el año, y no viene á París más que á los ensayos de sus obras. ¡Ah, somos una familia graciosa!

—Los padres de la señorita de Verneuil viven separados, como los de Francisco, según se cuenta?—interrogó Saverne—El viejo Estanislao Verneuil en sus hornos de cerámica... calle de los Saules...

—No dentro, pero cerca... Es un artista extraordinario.

—Ya lo sé. Yo admiro sus jarrones... La mamá es música... La verdad es que ofrece serias dificultades conocer estas familias tan divididas... No es moda ya hoy que el padre y la madre, el marido y la mujer vivan juntos... No lo son las casas de ustedes: es la época la graciosa... No hay ya moral humana, por que no se piensa en la moral divina, y apenas se cree más que en el amor...

—¿Y V. nota la falta de ella?—preguntó vivamente María, avergonzada con las palabras de Saverne.

—Yo me felicito de esa falta—respondió él...—sobre todo cuando estoy cerca de V., como en esta fiesta tan hermosa.

Enrique puso una mano disimuladamente sobre las rodillas de María, que no hizo ademán de separarse.

Francisco y Juana cruzaban y descruzaban las piernas por etapas.

Mariana Froncín se levantó bruscamente diciendo:

—Me siento enferma. ¿Donde está Pedro? Dispensadme, necesito marchar.

Nadie trató de retenerla. Una sonrisa maligna se marcó en los delgados labios de Saverne, en tanto que un canto triste y delicioso se elevaba de un sitio inmediato. Era Ignacio, cuyo corazón turbado buscaba desahogo en una malagueña.

El español contraía su largo rostro, y sus ojos soñadores se oscurecían, elevados hacia el techo sembrado de luces, como huyendo de ver el sitio en que estaba. El llanto largo y lleno de colorido le salía del alma tanto como de los labios, y esa alma no le pertenecía ya, casi; tanto volaba hacia las ciudades ardientes, hacia las acciones heroicas ó apasionadas, hacia los amores sangrientos ó tironos; tanto se mezclaba con las de sus antepasados; tanto se entregaba á los recuerdos oscuros de la raza que ha formado todo nuestro instinto.

Pronto cesaron las conversaciones y las risas. El encanto de aquellas frases brillantes, agudas, y el atractivo misterioso del cantor, produjeron efecto hasta en los menos artistas. Reunidos en la mesa de Laura Montmelian, á los lados de su ama, los principales empleados del «Nuevo París», se imaginaban detrás de sus cifras y sus cupones, una España convencional y seductora. Las mugeres soñaban ya con engañarlos entregándose á toreros armados de guitarras. Sentado á la derecha de Laura, en su calidad de inspector principal, el viejo Ursneur, á pesar de su enemistad hacia las artes y á todo lo que él creía fútil, movía la cabeza á contratiempo y hacía gestos de satisfacción.

En cuanto á la trágica Laura, había adoptado una actitud de abatimiento, de angustia, de extrema melancolía, la barba apoyada en la linda mano cubierta de sortijas, que cuadraba bien á su declinante belleza. Había ya olvidado á su hija, la escena reciente, sus preocupaciones reales, y pensaba solamente en hacerse compadecer, por el mal indefinido de vivir. Los que deseaban lisonjearla no necesitaban más que hablarla con caras dolorosas y compasivas, para ver aumentados sus suel-

dos y sus asuetos. Esto se sabía en el «Nuevo París», de suerte que los almacenes no eran, durante las visitas de *La Intempestiva*, más que una exposición de figuras contritas.

—Pronto estaremos allá—murmuró Francisco rápidamente, aproximándose á Juana para invitarla á beber. Y ella en el mismo tono respondió:

—Mañana á la noche—pues debían tomar el expés de Madrid de aquel día que ya comenzaba.

Ignacio terminó la malagueña en medio de un tumulto de aplausos. El jefe de los bohemios de la orquesta, sin celos, con un vaso de *champagne* en la mano, se acercó á felicitarle. El pintor sonreía, pero rodeándose vió á María y á Saverne inclinados uno hacia otro, tan absortos y tan pálidos, que parecían víctimas de un mismo veneno, y entonces no pudo dejar de inquietarse. La maldad de las cosas y de las gentes se le apareció con toda su crueldad. Enjugó rápidamente la boca, como para borrar el sabor del amor, y cayó en una tristeza sombría.

\* \* \*

—¡En fin, en fin, en fin!...—suspiró Juana en tres tonos diferentes. Estaba envuelta en pieles, á causa del fresco matinal, y con una pañoleta rosa alrededor de su cabeza. Francisco acababa de unirse á ella en el fondo del parque. El alba apuntaba encima de los árboles, ya verdes, en un cielo de un azul muy pálido y dulce.

—¿Tienes la llave?—pregunto Juana, levantando su falda con mano febril y descubriendo sus zapatos blancos. Temblaba estremecida por la alegría y por el miedo á la vez.

—Si—respondió Francisco—Esto es muy sencillo.—Y corrió hacia una vieja puertecilla que había en el muro cubierto de yedra y madreSelva. Aquella puerta sólo servía ya para los jardineros. Francisco la abrió sin prisa. María vió la calle silenciosa, la luz aun encendida de un farol, un coche con su caballo, y el cochero con cabeza de mono sentado en el pescante. Su guía la empujó hacia el interior de aquel carruaje y dió al cochero una dirección.

—¿A donde vamos?—preguntó ella.

—Al hotel á mudarnos. No podemos partir para Madrid en traje de baile y del mes de Mayo... Pero tu tienes miedo, querida, estás temblando...

—¿No nos ha visto nadie, crees tú, no se sospecha nada? Yo tenía constantemente la impresión de que se nos acechaba...

Francisco se echó á reir como un niño que ha hecho una diablura. Sacó de su bolsillo una cigarrera de oro, encendió un pitillo turco, y dijo entre bocanadas de humo oloroso, en tanto que el coche empezaba á rodar por el claro París matinal:

—Ha sido muy sencillo. Yo salí de la sala cinco minutos después que tú...

—¡Cinco minutos! ¡Yo creí que te había estado esperando una hora!

Subí á poner una carta, escrita de antemano, en el escritorio de María, en su antiguo cuarto de soltera. Al bajar me crucé con *La Intempestiva*, que me lanzó una de esas miradas... Pero yo tenía otras preocupaciones. He visto que Ignacio me seguía con la vista. ¡Pobre Ignacio!... Después me fuí á la antecámara, cogí tranquilamente mi abrigo, mi sombrero, mi bastón, mi pitillera... y....

aquí me tienes... Cuando se sepa nuestra marcha estaremos ya en el tren... ¿Y tú como has escapado?

—Mamá encontrará también una carta cuando vaya... ¡Estaba alegre mamá esta noche! Yo creo que me perdonará. Desde luego te quiere bien á tí.

—Además, á pesar de las apariencias, no quiere á mi suegra... A la otra, que mi suegra lo será ella muy pronto.

—¿Tu crees que María pedirá el divorcio?

—Estoy seguro, y se casará con Saverne, si él quiere casarse con ella.

Una habitación estaba dispuesta para ellos en el hotel, y allí pudieron mudarse en cuanto llegaron. No cesaban de abrazarse y estrecharse uno á otro. Se sentían solos, sin amigos, sin otro socorro sobre la tierra, caso de necesitarle y aparte Darnot, hartó poco seguro, que los ciento cincuenta billetes de á mil francos que Francisco palpaba sin cesar á través de su americana, y á cuyo fajo llamaba «el pequeño colchón». Luego, todo esto olvidado, empezaron á hacer sus proyectos y cálculos.

—Vamos á vivir durante tres meses como príncipes, sin ocuparnos más que en amarnos—dijo Francisco con convicción, pues le gustaba dar así treguas á su pereza.—En seguida advertiremos...

María ignoraba la cifra exacta que llevaban. Cuando la conoció, no pudo dominar la inquietud y sus ojos cambiantes se tornaron graves.

—Pero te queda más que eso!...

—No, querida, tu sabes lo derrochadora que es mamá. Y papá ha tenido algunos años malos en el teatro; las cómicas son extremadamente caras... Y

he arrasado con todo; estoy seguro de que no hay allá arriba diez mil francos de mobiliario.

—Cómo, no tienes más que ciento cincuenta mil francos?

—No tengas cuidado. Ellos se multiplicarán. Darnot tiene una martingala infalible. Yo pediré permiso á papá para escribir su biografía, y tu sabes lo curiosa que es. Un buen editor la pagará bien. Después, yo tengo la convicción íntima de que he de ser un financiero de primer orden. En España hay negocios soberbios de minas. Seremos muy ricos, yo te respondo.

Aun juzgó más hábil fijar una fecha.

—Antes de tres años... A cincuenta mil francos por año...

—Es que, viejo mio—interrumpió Juana cesando de peinarse y sin dejar el peine de la mano—es que yo no tengo ni cinco céntimos. Y mamá vive exclusivamente de la pequeña pensión que pasa para mí Verneuil.

Llamaba así, generalmente, á su padre. Francisco la cogió por sus hermosos cabellos dorados y la atrajo dulcemente hacia sí.

—Por eso te amo yo... Contigo me marcharía hasta sin zapatos, y sólo comería pan y cebolla... Vamos pronto... Darnot nos aguarda. Es preciso no perder el exprés.

\*  
\* \*

Marcos Darnot, en efecto, estaba en la estación impaciente, con un saco amarillo, una maleta negra, y un abrigo gris, exactamente iguales al saco, á la maleta y al abrigo de su amigo, á cuya liberalidad los debía. Como un buen intérprete, había to-

mado los billetes y pedido un compartimento. Su cara chata y vulgar, de mal servidor, tenía el tinte pardusco de la de quien pasa una noche sin dormir, entregado á pensamientos oscuros.

—Gracias—le dijo al llegar Francisco, pronto á las efusiones—eres un verdadero amigo... ¿Que te debo.?

—Ya lo arreglaremos más tarde. He comprado un pequeño libro de cuentas con el fin de anotar éstas... Si la señora me permite...—Y su mano ágil se apoderó del neceser que llevaba la fugitiva.

—Llámalas Juana, como antes—indicó Francisco—Será más cómodo ..

Instalados los tres confortablemente en el mejor camarote del *sleeping*, prorrumpieron en una exclamación de alegría cuando resonó el silbato anunciando la partida. El «caballero de industria», Darnot, sacó de su maleta una botella de *champagne* y tres vasos.

—Este Marcos piensa en todo—exclamó familiarmente Juana. Y apoyó su fina mano sobre la espalda de Darnot—Yo le admiro... ¡Francisco, por nuestro porvenir, por nuestra huída, por nuestra gran ternura!

Estaba medio alocada, en el gesto y en la expresión, y á la vez sutil y grosera. Pero su amante la encontraba divina, y acariciaba los pequeños lazos negros y rojos de su larga capa, su nuca ardiente, semejante á un zarzal, siguiendo sus miradas indecisas y sonrientes. Después gravemente Francisco rompió el vaso, por que esto presagia dicha.

—¿Crees que *ella* tiene ya tu carta ahora?—preguntó Juana encendiendo un cigarro.

—Sin duda—respondió Aubryet de repente, pe-

ro pensativo, pues María acababa de aparecérselle llorando, sola en su cuarto de soltera, que había conservado en la calle de Borgoña. Pero como no le gustaba pensar en ruinas, sin gran escrúpulo saludó la desaparición inmediata de su memoria, de esto que dejaba detrás de sí.

Y entonces tuvo un buen rato de intimidación y de confianza. El tren rodaba, la alegre campiña francesa desfilaba en la luz espléndida; el porvenir parecía fácil. Francisco tenía, como su madre, Clotilde Aubryet, una naturaleza frívola, vanidosa y derrochadora. Sacó de su maleta un joyero, lo abrió con precaución y se lo dió á Juana diciendo:

—Un pequeño recuerdo de esta hora solemne.

Era una sortija de rubíes con la fecha de aquel día y los nombres de Francisco y Juana grabados en el interior. Al verla Juana exclamó llena de alegría:

—¡De casa de Albert, calle de la Paz!... ¡Yo que me moría de ganas de tener una así!...

Darnot examinó las piedras como inteligente que era en la materia, y después Francisco colocó la alhaja en el dedo de su querida. Su padre le había legado este gusto á lo regular dentro de lo irregular, y á estas ceremonias tradicionales aplicadas á los sentimientos anárquicos. Las pequeñas figurantas decían de Felipe Aubryet, el padre de Francisco, que era un tipo muy distinguido, que no tuteaba nunca *la primera vez*.

Seguidamente la conversación, por la fuerza de las circunstancias, tomó un giro familiar y de confianza. Es costumbre en los enamorados retroceder en sus conversaciones á los preludios y comienzos de sus amores, para mejor ver las cosas en su conjunto.

—Estaba á los baños de mar hace unos diez meses, en Julio —comenzó Aubryet...—se puede contar delante de Marcos, que es un viejo hermano... Si, en Trouville. Salíamos del Casino. Tu llevabas un vestido azul precioso. Yo te dí el brazo y después te miré, te miré... Iba á reirme y no me reí... Me miraste tu también, y conocí que temblabas.

—Desde hacía tres años—murmuró Juana mirando el paisaje—te adoraba sin dejarlo ver. Había pensado que te casarías conmigo. ¿Por qué? Lo ignoro... Una locura. Cuando tu venías á casa de Laura Montmelian, te ocupabas más de mí que de María, y yo decía á mamá: «Verá V. como me pide...» Y después no... El día de tu boda yo, que era dama de honor, me imaginaba sin cesar que ibas á abandonar á tu muger y á tus invitados y que me dirías: «Ven, es á tí á quien yo quiero; aquí ha habido un error». Y yo te hubiera seguido.

Hubo un momento de silencio durante el cual Francisco estuvo enteramente extasiado por lo que acababa de oír. Juana satisfecha del éxito alcanzado con sus palabras, exclamó con sinceridad:

—Figúrate tu lo agradable de mi existencia entre papá, á quien veía tres veces al mes allá arriba, al final de Montmartre, delante de sus hornillos, y mamá... ¡pobre muger!... ¡Había toda la gracia del mundo un nuestra casa, boulevard de Clichy! Puedes preguntar á Darnot. ¿Eh, Marcos? Han desfilado por allí tipos descalzos, otros que habían robado los zapatos, viciosos, piratas... ¿Se acuerda V. de Eva Sornine, la duquesa... que entretenía á seis hombres... y de Honestin, que firma *Vertusse* en los periódicos en que escribe? En realidad se llama Rosemblun, y ha sido espía, rufián, monedero falso, ¡que se yo! El se ocupa en política extranjera.

Mamá decía de él: «Conoce todo l' *echiquier* (1) diplomático...» Lo que sí, debe meterse todas las piezas en el bolsillo... Y Gaudenot... y su muger... ¡Oh, oh!...

Estos recuerdos la exaltaban. Darnot, antiguo amante y secretario de Sofía Verneuil, disimulaba su tormento bajo un asentimiento continuo. Repetía constantemente: «¡Si, si, si,... prodigioso... inaudito... extraño...» con un acento medio exótico, que daba fuerza á su fingido estupor. Francisco se divertía francamente. Juana furiosa contra aquella bohemia, entre la cual había pasado su infancia, continuó:

—Yo escatimaba las visitas á papá... por que me daba miedo preguntándome, rugiendo imprecaciones, y con su gruesa cabeza de león enfurecido... Y en el fondo yo le quiero. Llamaba á mamá todos los nombres... «¡Ah, la bestia! Díselo, que yo la llamo bestia...» Yo no se lo decía, naturalmente. Pero esto me parecía muy singular, aquel marido y aquella muger que se calificaban de tal modo... Después mamá marchó á las Indias y yo me fuí á casa de Laura Montmelian... Otra chiflada...

— ¡Ah, á esta ya la conozco!—interrumpió Francisco.

—Pero no, no tan bien como yo, por que tu no has estado nunca bajo su imperio. No se puede saber la mala bestia que es, con todos sus gestos de santa filantrópica, esa gatita muerta. Yo la he visto escupir en la cara á una costurera por que no le probaba un vestido tan pronto como ella quería. Insulta á los desgraciados, y después les echa una

(1) Tablero de ajedrez. Dejamos la palabra francesa, para no quitar oportunidad á la frase que la sigue. N. del T.

moneda, con la cual cree que ya tiene saldada su cuenta. A mi me martirizaba. Era una serie de humillaciones lo que yo sufría. Me abofeteaba por nada, me privaba de los postres, de salir, de ir al teatro. Y siempre María puesta como ejemplo. «Mira María, imítala.» Cuando no: «María, te encargo que la reprendas»; ó «María, te confío esta holgazana». La otra se divertía jugando con la pobre Juana. Yo era Cendrillon, la adoptiva... Es igual, en este momento están pagadas con su generosidad, la madre y la hija. ¡Ah, yo daría diez perras chicas por ver ahora sus grandes narices!...

Juana hablaba así en la embriaguez de la victoria, con una franqueza feroz. Se conocía que el rencor acumulado era la mitad de su amor. Darnot notó esto y vió con placer que su amigo no lo notaba.

Mientras su querida tomaba aliento, Francisco confesó á su vez:

—Mi caso es casi igual al tuyo, si bien menos triste. Mamá me fatigaba con sus quejas á causa de la falta de dinero, cada vez mayor con la carga de mi tía y con el egoísmo de mi padre, que nos dejaba en la miseria. Yo estaba de pensionista en el Colegio, y ella iba á verme durante la recreación cada dos días. Además iba un domingo si y otro no. El otro domingo iba yo á casa de mi padre, á Sceaux, y esto me gustaba mucho. Yo sabía que era un hombre glorioso, adulado, cuyo talento me ponderaban siempre mis profesores. Por otra parte, solía tener con él bonitas actrices perfumadas, que me acariciaban y jugaban conmigo. El nunca hablaba mal de mi madre, al contrario, me aconsejaba que la cuidáramos bien mi tía y yo, pues era una santa «Yo tengo toda la culpa»—añadía—«Ella

no merecía el destino de casarse con un hombre amigo de divertirse, como yo soy. Toda la falta es mía; yo la venero...»

Francisco se echó á reír como se reían Marcos y Juana, pues tenía inclinación natural á la risa, como á todo lo que no exigía aplicación ó esfuerzo. Luego continuó:

—Mi tía Enriqueta me daba miedo. No me han gustado nunca los locos. Tartamudeaba abrazándome y se descomponía. De tiempo en tiempo mamá cogía un billete de cien francos de su armario diciéndola: «Esto es para el pequeño, Enriqueta; ¿me autorizas?» Mi tía contestaba: «¡Hum, si, hum!», y levantaba y bajaba su cabeza de yegua negra... Yo no veía jamás una perra de los cien francos.

¡Oh, querido mío, estrechémonos uno contra otro!—exclamó Juana—Nuestro encuentro era fatal. Somos dos niños perdidos.

Acercó su rostro al de Francisco, que veía ahora muy cerca aquella cara larga, aquella nariz sonrosada, aquellos dientes agudos. La tenía cogida por el talle flexible.

—Vamos, Darnot, testigo de nuestro sueño, cuéntenos V. también su juventud—rogó Juana, ávida de confidencias.

El testigo suspiró, y con una voz suave y normal, que debía ser su verdadera voz, la que reservaba para sus diálogos consigo mismo, dijo:

—Eso sería demasiado triste y demasiado largo. En resumen... yo no he conocido á mi padre. Mi madre murió cuando tenía yo quince años; y después he andado de aquí para allá como un perro, hasta el día en que encontré á su mamá de V. Ella me recogió. Yo soy su obra...

Estas palabras amargas y verídicas hicieron el mejor efecto sobre los dos enamorados. Francisco expresó así su pensamiento:

—Nosotros te adoptamos hoy, Marcos. En la buena como en la mala fortuna, tu suerte será la nuestra. Te lo juro...



## CAPÍTULO SEGUNDO

### Los placeres de la espera

SENTADA ante una pequeña mesa, y con la última carta de Francisco en la mano, María lloraba sin disimulo su pena. Sus lágrimas caían apresuradas y tibias sobre aquel adiós, de una sequedad calculada. Delante de ella Ignacio Salientés, de pie, lleno de compasión, contenía con dificultad los deseos que sentía de poner sobre su corazón aquella cara húmeda y compungida, cuyos músculos temblaban por pequeñas sacudidas rápidas. María no era de esas mugeres á quienes afea el dolor. Predestinada á él, tenía la figura adecuada, movida y clásica. Su frente un poco saliente, sus ojos sombríos, bajo unos cabellos casi rubios, su nariz derecha y su boca de una línea admirable, tenían un encanto extraño.

La habitación era clara y sencilla. Hacía quince días que Francisco había marchado y María había tenido tiempo de organizar en la calle de Borgoña,